

VON ALBRECHT, Michael, *Historia de la literatura romana. Desde Andronico hasta Boecio*, 2 vols., trads. Dulce Estefanía y Andrés Pociña, Madrid, Herder, vol. I, 1997, 821 págs., y vol. II, 1999, X + 823-1704 págs.

Con estas líneas, que siempre serían breves considerada la obra de que se ocupan, no quiero ser ni injusto ni vano; me queda claro que estoy frente a un gigante de la filología. No obstante, admirado y respetuoso, casi con temor y temblor, señalo aunque sea de paso lo que más me llamó la atención, y discurro muy brevemente acerca de algunas inquietudes que despertó en mí esta *Historia de la literatura romana*, la cual está dirigida, según confesión de su autor, “no sólo a los estudiantes y a los profesores de lenguas antiguas y modernas, sino a todos los interesados”, y tiene como propósito hacer que éstos vuelvan a sus autores clásicos y conozcan, por vez primera acaso, a aquellos menos célebres, y son legión los recursos de que se vale para conseguirlo (p. 11).

Una primera impresión que provoca esta *Historia de la literatura romana* es que no le falta nada, y, al final, el lector piensa que no le sobra nada. La reflexión avanza o retrocede, como la visión del profeta ante el futuro, o como la del historiador, casi poeta, que representa, es decir, que vuelve a traer el pasado al presente, y no sólo lo recuerda. Michael von Albrecht habla como quien tiene autoridad, y así hace que el lector crezca en sí mismo y en la comprensión del texto y del contexto de los autores; señala y explica los antecedentes y los desa-

---

PALABRAS CLAVE: historia, literatura.

RECEPCIÓN: 16 de enero de 2003.

ACEPTACIÓN: 1 de abril de 2003.

rollos literarios, y, de manera sobresaliente, hace ver la fecundidad que ha tenido la literatura romana en las literaturas europeas. Imagino al autor fatigado y orgulloso de tanta investigación, de tanta lectura directa de las fuentes, de tanta bibliografía secundaria, de tantas horas de meditación sobre los textos, y escogiendo palabras como joyas<sup>1</sup> para no apabullar al lector con erudición pedante y no ahogarlo bajo academicismo estéril. Aquí hay que destacar por supuesto el excelente trabajo de los traductores, que han conseguido escribir también un texto hermoso en español, y la misma revisión del autor. Si se consideran todos los periodos, la gran cantidad de autores que estudia y los horizontes que contempla, la obra, extensa físicamente (1704 págs.), es breve, pero sólida por los fundamentos en que se sostiene, poderosa por las ideas. Su lectura es ágil y hasta amena. Sus sentencias, apodícticas, irremediamente serán lugares comunes del siglo siguiente al que la vio nacer, pero tenemos ahora la ocasión de verlas todavía con ojos nuevos. Y aunque aquí podría terminar estas líneas, creo que valdría la pena dar a probar algo de este gran “banquete” de erudición, de doctrina y, a veces, hasta de divertimento.

A continuación, para dejar ver su amplitud, presento de manera esquemática el contenido, limitándome básicamente al índice mismo de la edición. La obra, en dos volúmenes sólo por razones materiales y exigencias técnicas, contiene:

#### Volumen I:

Prólogo (pp. 11-12); Prólogo a la segunda edición alemana (p. 13); Indicaciones para la utilización del libro (p. 15); Índice. Volumen I (pp. 17-20); Introducción: Literatura e historia de la literatura (pp. 23-24); Capítulo primero: Condiciones para el desarrollo de la literatura romana (pp. 25-67); Capítulo segundo: Literatura del periodo republicano (pp. 69-596); Capítulo tercero: Literatura del periodo augusteo (pp. 597-821); [Extracto del índice del volumen II].

#### Volumen II:

Índice. Volumen II (pp. VII- X); Capítulo cuarto: Literatura de la primera época imperial (pp. 823-1166); Capítulo quinto: Literatura de los periodos imperiales medio y tardío (pp. 1167-1572); Capítulo sexto: Condiciones para la tradición de la literatura romana (pp. 1573-1582); Apéndices: Bibliografía abreviada de la edición origi-

nal alemana (pp. 1585-1611); Apéndice bibliográfico para la edición española (pp. 1613- 1623); Índice onomástico y analítico (pp. 1625-1688); Cuadro cronológico: (pp. 1689-1700); [Índice del volumen I (pp. 1701-1704)].

El contenido de los seis capítulos es el siguiente:

**Capítulo primero: CONDICIONES PARA EL DESARROLLO DE LA LITERATURA ROMANA**

Marco histórico; Condiciones para el desarrollo de la literatura; Literatura latina y griega: tradición e innovación; Individuo y género; Diálogo con el lector y técnica literaria; Lengua y estilo; Universo conceptual I: conquista de un mundo espiritual: poesía, pensamiento, enseñanza; Universo conceptual II: entre la mentalidad romana antigua e ideas nuevas; Elementos preliterarios.

**Capítulo segundo: LITERATURA DEL PERIODO REPUBLICANO**

- I. La literatura del periodo republicano en resumen; Marco histórico; Condiciones para el desarrollo de la literatura; Literatura griega y latina; Géneros; Lengua y estilo; Universo conceptual I: reflexión literaria; Universo conceptual II
- II. Poesía
  - A. Épica y drama; Épica romana; Drama romano; Livio Andronico; Nevio; Enio; Pacuvio; Acio; Plauto; Cecilio; Terencio
  - B. Sátira; La sátira romana; Lucilio
  - C. Poesía didáctica; Poesía didáctica romana; Lucrecio
  - D. Lírica y epigrama; Lírica romana; Poesía epigramática romana; Catulo
- III. Prosa
  - A. Historiografía y escritos análogos; Historiografía romana; Historiadores de la edad republicana; Catón el Viejo; César; Salustio
  - B. Biografía; La biografía en Roma; Nepote
  - C. Oratoria, filosofía, epistolografía; Oradores romanos; Escritores de filosofía en Roma; La carta en la literatura romana; Cicerón
  - D. Autores técnicos y escritos para la enseñanza; Escritores técnicos romanos; Gramáticos latinos; Escritores de retórica en Roma; La Retórica a Herenio; Varrón; Juristas romanos; La literatura jurídica del período republicano

### Capítulo tercero: LITERATURA DEL PERIODO AUGUSTEO

- I. La literatura del periodo augusteo en resumen; Marco histórico; Condiciones para el desarrollo de la literatura; Literatura latina y griega; Géneros; Lengua y estilo; Universo conceptual I: reflexión literaria; Universo conceptual II
- II. Poesía
  - A. Épica, poesía didáctica, poesía bucólica; Bucólica romana; Virgilio;
  - B. Lírica, yambo, sátira, epístola; Horacio
  - C. Elegía; La elegía amorosa romana; Tibulo; Propercio; Ovidio
  - D. Poetas menores de la época de Augusto
- III. Prosa
  - A. Historiografía; Historiadores de la época augustea; Asinio Polión; Livio; Pompeyo y Trogo
  - B. Oratoria; Oradores de la época augustea
  - C. Filosofía; Escritores filosóficos de la época augustea
  - D. Autores técnicos y escritos para la enseñanza; Escritores técnicos de la época augustea; Vitruvio; La literatura jurídica de la época augustea

### Capítulo cuarto: LITERATURA DE LA PRIMERA ÉPOCA IMPERIAL

- I. La literatura de la primera época imperial en resumen; Marco histórico; Condiciones para el desarrollo de la literatura; Literatura latina y griega; Géneros; Lengua y estilo; Universo conceptual I: reflexión literaria; Universo conceptual II
- II. Poesía
  - A. Épica; Lucano; Valerio Flaco; Estacio; Silio Itálico
  - B. Poesía didáctica; Manilio; Germánico
  - C. Bucólica; Calpurnio; Apéndice: Los poemas de Einsiedeln
  - D. Drama;
  - E. Fábula; Poesía fabulística romana; Fedro
  - F. Sátira; Persio; Juvenal;
  - G. Epigrama; Marcial; Los priapeos
- III. Prosa
  - A. Historiografía y afines; Veleyo Patérculo; Valerio Máximo; Curcio; Tácito
  - B. Oratoria y epistolografía; Plinio el Joven

C. Filosofía (y drama); Séneca; Apéndice: La praetexta Octavia

D. Novela; Novela Romana; Petronio

E. Autores técnicos y escritos para la enseñanza; Escritores técnicos de la primera época imperial; Séneca el Viejo; Quintiliano; Plinio el Viejo; La literatura jurídica de la primera época imperial

#### Capítulo quinto: LITERATURA DE LOS PERIODOS IMPERIALES MEDIO Y TARDÍO

I. La literatura de los periodos imperiales medio y tardío en resumen; Advertencia preliminar; Marco histórico; Condiciones para el desarrollo de la literatura; Literatura griega y latina; Géneros; Lengua y estilo; Universo conceptual I: reflexión literaria; Universo conceptual II

#### II. Poesía

Poesía de los periodos imperiales medio y tardío; Los poetae novelli; Ausonio; Aviano; Rutilio Namaciano; Claudiano; Juvenco; Sedulio; Prudencio

#### III. Prosa

A. Historiografía y afines; Los historiadores del periodo imperial medio y tardío; Suetonio; Floro; Amiano

B. Oratoria y carta; Frontón; Los panegíricos latinos; Símaco;

C. Novela, Prosa de ficción del periodo imperial medio y tardío; Apuleyo;

D. Autores Técnicos y escritos para la enseñanza

1. Autoridades de la escuela; Escritores técnicos del periodo imperial medio y tardío; Gelio; Macrobio; Marciano Capella; Casiodoro;

2. Fundadores del derecho; Literatura jurídica del periodo imperial medio y tardío;

3. Padres de la Europa cristiana; Comienzos de la prosa latina cristiana; Tertuliano; Mínucio Félix, Cipriano; Apéndice: La Vida de Cipriano de Poncio; Novaciano; Arnobio; Lactancio; Fírmico Materno; Mario Victorino; Hilario de Poitiers; Ambrosio; Jerónimo; Rufino y otros traductores; Agustín; Boecio

#### Capítulo sexto: CONDICIONES PARA LA TRADICIÓN DE LA LITERATURA ROMANA

Pasando a lo que es propiamente el contenido del libro, cabría empezar tal vez por dejar constancia de su amplísima bibliografía, pues Von Albrecht, a diferencia de la mayoría de los estudiosos alemanes, toma en cuenta la bibliografía en lengua española, y de México en particular, como es el caso de F. Nieto Mesa, “Cronología de las tragedias de Séneca”, *Nova tellus*, 3, 1985, pp. 91-109 (cfr. p. 1070). Asimismo, en el “Apéndice bibliográfico para la edición española” están consignadas la traducción de Juvenal, publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* (p. 1615) y la de la *Apocolóntosis del Divino Claudio* (p. 1618), de Séneca, publicada en Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, Universidad Nacional Autónoma de México, ambas de Roberto Heredia Correa, y de Antonio Alatorre, se incluye su traducción de 1950 de las *Heroidas* de Ovidio (p. 1618). Asimismo, además de las innumerables referencias a las fuentes, el lector encuentra la bibliografía general y específica que le permite a su vez empezar nuevas investigaciones. Los estudiantes podrían, por ejemplo, a partir de ella empezar sus tesis de licenciatura.

Cada autor latino se estudia sistemáticamente en nueve secciones fijas: Vida, cronología; Compendio de las obras; Fuentes, modelos, géneros; Técnica literaria; Lengua y estilo; Universo conceptual I: reflexión literaria; Universo conceptual II; Tradición; Pervivencia. Estas secciones son análogamente las mismas, por ejemplo, respecto de los géneros literarios, sólo que en vez de “Vida, cronología” y “Fuentes, modelos, géneros”, se hablará de “Generalidades”, “Precedentes griegos” y “Desarrollos Romanos”. De esta manera se halla toda la información básica pertinente a los autores que el estudiante y el estudioso deberían conocer: datos históricos, número y título de las obras, con una brevísima y, también por ello, excelente síntesis, y un largo etcétera (todo con su respectiva referencia a las fuentes y a la bibliografía secundaria, en lo cual no se insistiría nunca suficientemente). Pero eso, que no es poco, no es todo. A menudo Von Albrecht renueva y devuelve a su justo lugar lo que se ha hecho falsamente un “clásico” lugar común; por ejemplo, generalmente se asume que la famosa frase de Terencio: *homo sum, humani nil a me alienum puto* (*Haut.* 77), es una expresión del sentimiento humano, pero Von Albrecht, haciendo además referencia a bibliografía secundaria, afirma que dicha frase significa la expresión de una curiosidad solícita y un poco altanera (cfr. p. 239).

O bien, por el contrario, revaloriza lo que la visión desenfocada de la tradición había denigrado; por ejemplo, la labor poética de Cicerón ha sido ridiculizada frente a sus logros como prosista, pero aquí se aprende que Cicerón fue el mayor poeta vivo en Roma, y se aprecia su arte de versificador como abridor de los caminos de la poesía clásica augustea (cfr. p. 508). Del mismo modo, aclara que sólo en un sentido muy restringido puede calificarse a Marcial como un poeta “manierista”, siempre y cuando por manierismo no se entienda un predominio de las formas sobre el contenido (cfr. p. 962).

Por lo que se refiere al destinatario, no todos pueden seguir al autor, o no de la misma manera, puesto que, de vez en cuando, ejemplifica en latín (*passim*) sus aseveraciones con citas relevantes, interesantes o curiosas. Otras veces desciende incluso a detalles que tal vez sólo interesarían a lectores especializados, o da cuenta de algunas cuestiones etimológicas que o satisfacen la curiosidad de quien las ignora o halagan la sabiduría de quien las reconoce. Por ejemplo, Cincio, autor no muy célebre que digamos, se vuelve importante para nosotros porque, como plebeyo, se esforzó por corregir al patricio Fabio; propuso el 729 a. C. como año de la fundación de Roma, y sus intereses de anticuario lo llevaron a suponer que el griego Evandro habría llevado a Roma el alfabeto, invento Fenicio; además, interesado en la etimología, explicó, por ejemplo, que a los profetas se les llamaba *fanatici* porque los templos dedicados a Fauno, en su origen se llamaron *fau-nas* y después *fana* (cfr. p. 362).

La erudición de Von Albrecht alcanza, pues, a lectores de distintas clases, como se ve también cuando se refiere a la influencia hebrea en el latín durante la antigüedad tardía (cfr. p. 1187). Menciona dos casos: el primero es el verbo *confiteri*, “confesar los pecados”, en la práctica lingüística antigua, y “profesar la fe”, significados que se desarrollarían como términos cristianos, es decir, *confiteri*, “confesarse”, en su valor absoluto, y *confessio*, “tumba de un mártir”; por otra parte, *confiteri*, “glorificar”, como hebraísmo puro, ayuda a discernir el sentido completo del título *Las confesiones* de San Agustín. El otro caso es el hebraísmo *parabola*, traducción del hebreo *mâshâl* en los *Septuaginta* y en la *Vulgata*, que, como “parábola” o “sentencia”, equivaldría a “palabra”. Como dato lingüístico curioso, añade Von Albrecht, de allí nacen el francés *parole*, el italiano *parola* y el español *palabra* (esta gracia cobra sentido, si no olvidamos que el idioma original de la obra es el alemán).

Asimismo explica Von Albrecht siglas que, aunque eran del uso común, hoy no cualquiera entendería; por ejemplo, S.V.B.E.E.V., abreviatura clásica de la carta romana, cuyo significado es *si vales, bene est, ego valeo* (p. 482). Todo le sirve para llamar la atención del lector y para hacerlo ir siempre a los textos, incluso lo que pudiera parecer menos inocente. Hablando de Claudiano, se dice que el conocimiento de este autor toma nuevo impulso a partir del siglo XII: Juan de Altavilla en su *Architrenius* (1184) remite explícitamente a Quintiliano. Von Albrecht conjetura (casi le veo la sonrisa traviesa en sus labios) que “la descripción de la morada de Venus (10, 49-96) ha caracterizado probablemente el extendido concepto del «monte de Venus»” (p. 1229). Otras veces se percibe un dejo de ironía o comicidad, como cuando afirma: “La mejor parodia del estilo de Tertuliano es el estilo de Tertuliano” (p. 1398).

Una cualidad importante de esta *Historia de la literatura romana* es que de la misma tradición y de Von Albrecht aprendemos cómo ha sido y puede seguir siendo fecunda la literatura romana. Lo aprendemos, gracias a la literatura cristiana, que en la visión del filólogo alemán ya no aparece como un mero apéndice de la literatura romana sino integrada a ella de manera natural; en efecto, para él, “el surgimiento de un humanismo cristiano en la antigüedad tardía es un primer modelo para todos los renacimientos posteriores de la literatura latina” (p. 60). Del mismo modo, la labor de un san Jerónimo, por mencionar un caso concreto, se vuelve, según Von Albrecht, “ejemplo de una recepción creativa de la Antigüedad” (p. 1501). Para Von Albrecht, los conceptos que Virgilio y Cicerón tuvieron de la historia, prepararon en muchos puntos la reflexión cristiana o sirven de punto de partida de su crítica; juntamente, el sentido romano de Estado influye en la concepción que la Iglesia tiene de sí misma (*populus* = cristianos; *gentes* = profanos). Importante es que para los cristianos, Cicerón y Virgilio no fueron, y no debieran serlo para nosotros, simple literatura, sino que son una fuerza espiritual y fueron tomados en serio por sus contenidos (cfr. pp. 1191 s.).

Descubrimos también al mismo Von Albrecht cuando menciona aquí y allá la manera en que los clásicos leían a sus *clásicos*, manera de la que podríamos aprender ahora. En efecto, aprenderíamos, si imitamos a los escritores en la época de Calígula a Nerón, a no ponernos ciegamente de rodillas en el polvo ante los clásicos y a defen-

der con libertad nuestro punto de vista (cfr. 1084). Y también como Horacio, podríamos acaso vapulear la idolatría, profesada en todo tiempo, de lo antiguo con descrédito de lo contemporáneo (p. 609). Aprenderíamos a hacer valioso nuestro propio presente, y nosotros, los mexicanos, sabríamos quiénes somos, si al estudiar la antigüedad para crear nuestra historia supiéramos como Livio que “la cultura griega no es para el romano un fin autónomo, sino un espejo del conocimiento propio” (p. 791). Y así, la manera misma en que los romanos adoptaron y adaptaron la cultura griega se vuelve, de la mano de Von Albrecht, modelo de lo que podría ser nuestra actitud cuando nos acercamos a los clásicos, ya sean griegos o romanos, o a otras de nuestras herencias culturales: recibir el material no por su valor en sí, sino como instrumento (p. 480).

Por otra parte, no son pocos los lugares donde sugiere los trabajos que todavía quedan por hacerse en el estudio de las letras clásicas; por ejemplo, hablando de Manilio, sugiere por beneficiosa una investigación del campo semántico ‘orden armónico’, que establece una asociación entre ciencia astronómica y poesía (cfr. p. 900). Asimismo, cuando se refiere a Valerio Máximo, quien en su opinión está todavía por descubrir, señala la falta de comentarios y traducciones (cfr. 993). A veces llega incluso a aguijonear a los filólogos para que intenten una nueva subdivisión de la tradición manuscrita de un autor, en este caso, no de alguien desconocido, sino del mismísimo Horacio, a fin de salvar la credibilidad de la filología clásica; es preciso en este caso, dice, enfrentar los riesgos profesionales que suponen depender del olfato adivinatorio incluso en los pasajes más atrevidos y bellos (cfr. 680).

Cabe destacar también la justa valoración que se hace de los factores aparecidos en la antigüedad tardía —otrora descartados como decadentes—, como gérmenes de lo que habría de convertirse a la postre en la cultura europea. Por ejemplo, Von Albrecht señala, en primer lugar, que aun en las horas más oscuras brilla la luz de la filosofía griega: el cristiano Orígenes († lo más tarde en el 253) y el pagano Plotino († en el 270 en Minturno) se hermanan para forjar las armas espirituales de las generaciones que los siguen (cfr. 1178). En segundo lugar, la filosofía pagana, en opinión del autor, repercute en la penetración ideológica de los contenidos de la fe, de modo que la filosofía tardoantigua y la protocristiana merecen ser tratadas junta-

mente. Por último, en esta misma línea, el autor destaca que la literatura de los periodos imperiales medio y tardío aprovecha como tercera fuente espiritual la tradición judeo-cristiana y sienta las bases para la futura Europa (p. 1191).

Otra aportación singular de esta obra es el seguimiento que el autor, con un despliegue impresionante de erudición, hace de los vestigios que la literatura romana ha dejado a lo largo de la historia posterior. Así, por ejemplo, al hablar de Cicerón, Von Albrecht señala algo que los filósofos de hoy debían aprender: el famoso orador romano, como excepción dentro de los escritores filosóficos de la literatura mundial, consiguió componer libros legibles (cfr. p. 517). Por otro lado, destaca Von Albrecht que el cristianismo había tomado prestado del *De natura deorum* de Cicerón los argumentos contra la religión pagana en favor del monoteísmo (p. 522). Poco después nos muestra, citando en latín las referencias, la visión luterana respecto de Cicerón: para el Reformador, a causa de la creencia en la providencia divina y en la inmortalidad del alma, de la unión entre teoría y praxis y de la claridad en la exposición del pensamiento, el Arpinate está muy por encima de Aristóteles (!) (cfr. pp. 523 s.). Finalmente Von Albrecht aclara en una sentencia lo que todavía hoy no alcanzan a dilucidar quienes sin acierto se dedican a la retórica: “la actitud antirretórica de los que consideraban pecaminoso el cuerpo del lenguaje, y la difamación de Cicerón que resultaba de ella, se revelan retrospectivamente como barbarie” (p. 525).

Y no es suficiente decir que Von Albrecht despliega erudición al relacionar a los autores latinos con los autores modernos o al destacar la influencia de los primeros sobre los segundos; más aún, su objetivo reiterado es llevar al lector de su *Historia* hacia los autores provocando la admiración, señalando el dato curioso o una cita verdaderamente relevante, poniendo a los autores modernos y contemporáneos (y a nosotros, junto con ellos), éstos también célebres o menos conocidos, bajo la lupa de la literatura latina. Por mencionar un ejemplo: con respecto a Quintiliano, se señala la influencia que ejerció en críticos literarios y pedagogos especialmente en la época del siglo xv al xvii. Se da noticia de que Petrarca le escribió una carta; de que Lorenzo Valla lo colocó por encima de Cicerón; de que fue estudiado minuciosamente por Erasmo. Por otra parte, Lutero prefiere a Quintiliano a todos los autores, mientras que Melanchton lo recomienda para el

estudio, y como cereza de pastel, nos dice Von Albrecht: “Todavía en el siglo xx Albino Luciani (papa Juan Pablo I) en un escrito dedicado a Quintiliano desea que sus métodos y contenidos didácticos no caigan en el olvido” (cfr. pp. 1152 s.).

La lista que refiere Von Albrecht de los autores atraídos por Petronio es sorprendente; entre ellos están Leibniz, Voltaire, Lessing, Balzac, Flaubert, T. S. Eliot y Goethe, lo mismo que los poetas Maikov, Bryusov y Blok, quienes también conocen a Petronio; Alexander Pushkin († 1837), nos recuerda Von Albrecht, había dado en un fragmento de novela la crítica más sutil de Petronio, destacando la rapidez y lo justo de sus juicios, su indiferencia, su imparcialidad, la sinceridad consigo mismo, su perspicacia; para Pushkin, la inteligencia de Petronio era fresca, aunque sus sentidos se habían adormecido y estaban apáticos por la costumbre; el satírico romano amaba lo mismo el juego de las ideas que la armonía de las palabras, y, como poeta, no estaba por debajo de Catulo (cfr. p. 1127).

Concluyo señalando que es fundamental en esta obra el hecho de que muestra y demuestra la importancia de “la voz no dogmática de la literatura que ha fecundado de modo especial todas las literaturas europeas” (p. 11). En efecto, la literatura romana siguió y sigue siendo sabia de las culturas, si se me permite decirlo, y no sólo de la europea, preocupación primera de Von Albrecht. Es hora, pareciera que exhorta este libro, de reconocer el universalismo de la literatura romana, como el de toda buena literatura, y, a despecho de los detractores del eurocentrismo —sin ignorar los motivos que orillan a oponerse a todo totalitarismo inhumano o a toda ciega globalización—, es esta *Historia de la literatura romana*, la ocasión para dejarnos amonestar por los autores latinos y permitir que nos instruyan con sus cuestionamientos o con sus métodos o con sus modelos cualitativos, aunque tal vez no con las respuestas que encontraron a sus problemas, a fin de encontrar el camino de la propia libertad de espíritu (cfr. p. 11). Para no sucumbir tampoco bajo dogmatismos filosóficos o fundamentalismos religiosos, cuyas consecuencias ha padecido nuestra época, la literatura romana —con su voz no dogmática— y su estudio pueden todavía aportar algo importante a la solución de los conflictos de nuestra sociedad actual, si, como pienso, podemos todavía creer que los problemas de la humanidad no radican exclusivamente en factores económicos. Queda claro, después de leer esta obra, que si la

literatura romana no es fecunda entre nosotros no es a ella a quien se debe culpar, pues no se puede decir que los autores clásicos ya están agotados.

José MOLINA